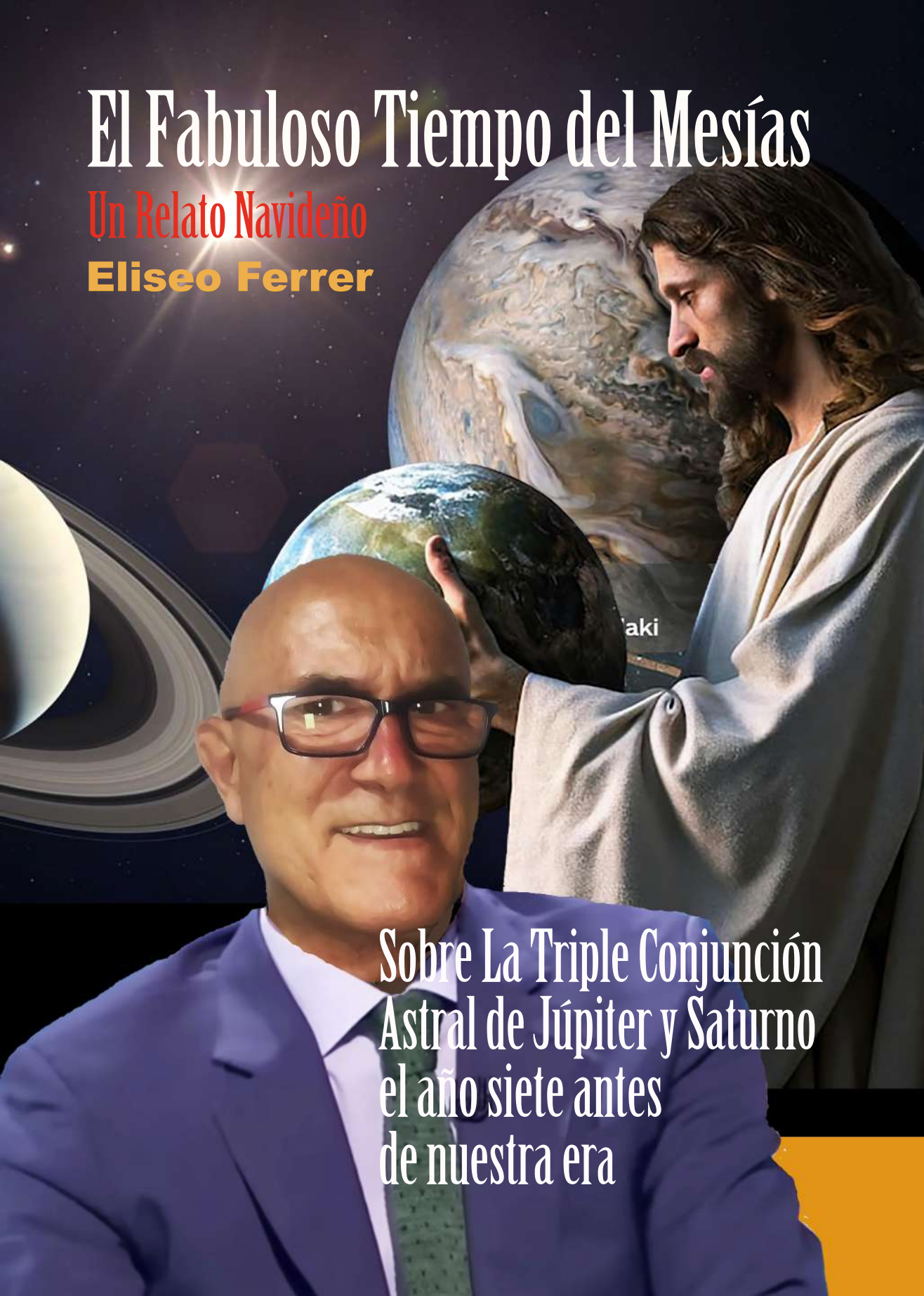


El Fabuloso Tiempo del Mesías

Un Relato Navideño

Eliseo Ferrer



Sobre La Triple Conjunción
Astral de Júpiter y Saturno
el año siete antes
de nuestra era



Información on line sobre el autor:

<https://orcid.org/0000-0003-2612-547X>

<https://eliseoferrer.com/libros/>

<https://eliseoferrer.com/resenyas/>

<https://eliseoferrer.com/articulos/>

Eliseo Ferrer es autor de
EL MITO CRISTIANO, SEGÚN LOS TEXTOS



MESSIDOR COMUNICACIÓN
MADRID - MIAMI

Maquetación, Diseño y Edición

Eliseo Ferrer

El Fabuloso Tiempo del Mesías



EN TORNO A
LA TRIPLE CONJUNCIÓN ASTRAL DE JÚPITER Y SATURNO
LA PROFECÍA DE LAS SEMANAS DE DANIEL, MIQUEAS
Y EL ANNO DOMINI DEL PAPA JUAN I

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de este texto sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados es constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela
por el respeto de los citados derechos.



© *Eliseo Ferrer Latre*

Publicado en Figshare

DOI: 10.6084/m9.figshare.30814832

NO FUE CASUALIDAD QUE EL HIJO DE DIOS “NACIERA” EN BELÉN EL AÑO PRIMERO DE NUESTRA ERA

LA TRIPLE CONJUNCIÓN ASTRAL DE JÚPITER Y SATURNO,
LA PROFECÍA DE LAS SEMANAS DE DANIEL, MIQUEAS
Y EL ANNO DOMINI DEL PAPA JUAN I

EL FABULOSO TIEMPO DEL MESÍAS

Como afirmó Carl G. Jung, a través del simbolismo del pez Cristo formó parte de un mundo de ideas aparentemente ajenas a la textualidad de los evangelios: un mundo originariamente oriental y grecorromano, impregnado de creencias astrológicas en un sentido que hoy apenas podemos formarnos una representación adecuada. «Cristo fue situado —señaló Jung— al comienzo de la era de Piscis. Por lo que no está excluido en modo alguno que hubiese cristianos instruidos conocedores de la *coniunctio magna* de Saturno y Júpiter en Piscis el año 7 antes de nuestra era».¹

Digamos que, desde el punto de vista de la precesión equinoccial, en el siglo primero los eones de Aries y Piscis se superpusieron; por lo que no debe sorprendernos el hecho de que dos de las más importantes divinidades místicas del tiempo, Atis y Cristo, fuesen caracterizadas por los símbolos del pastor, el carnero y el pez. «Pero Piscis fue un signo doble —proseguía Jung—. Esa noche sagrada [del cambio], cuando alrededor de medianoche (según el cómputo antiguo) el Sol entraba en Capricornio, Virgo estaba sobre el horizonte oriental, pronto seguida por la Serpiente, contenida en la constelación del Serpentario (*Ophiuchus*)». «Y esta coincidencia astrológica me parece digna de mención, así como la idea de que los dos peces de la constelación estuviesen en relación de madre a hijo; relación que tenía una significación muy especial, ya que apuntaba a una unidad originaria de Piscis. En efecto, en la astrología de Babilonia y en la India hay solo un pez. Más tarde, ese pez madre dio a luz un hijo, un pez también. A ello correspondió la Dérketo-Atargatis fenicia, cuya figura era mitad pez y tenía un hijo llamado Ictis [*Ikhtys* = pez]».²

Para Jung careció de todo fundamento la interpretación eclesiástica del simbolismo del pez; pues no fue verosímil que el término «*Ikhtys*», representación simbólica también del héroe veterotestamentario Josué-Jesús, hijo de Nun, hubiese sido un mero anagrama de I (*ésoús*) Kh (*ristós*) Th (*eoú*) Y (*iòs*) S (*óter*) [*Jesucristo*]

¹ Carl G. Jung, *Aion. Contribución al simbolismo del sí mismo*. Barcelona, 2011. pp. 201, 202.

² Op. Cit. 202.

Hijo de Dios Salvador»], sino, más bien, una designación simbólica que representaba imágenes y significados mucho más antiguos y complejos, en la dirección que estamos apuntando. «El acróstico mencionado —aclaraba— da más bien la impresión de que se hubiese construido artificialmente con el fin de resignificar un término, «*Ikhlthys*», ya existente y ampliamente difundido. El símbolo del pez tenía precisamente en Asia anterior una rica prehistoria, empezando por Oannes, el dios pez babilonio, y sus sacerdotes revestidos de piel de pez, hasta llegar a las manducaciones sagradas de pescado en el culto de la Dérketo-Atargatis fenicia».³ De tal manera que la interpretación del simbolismo del pez, en este sentido, apuntaba fundamentalmente, y a pesar de sus cautelas (que reiteraba y subrayaba), al carácter astrológico del gran cambio de era; que, desde el punto de vista de la precesión de los equinoccios, supuso el fin de la era de Aries (muerte del cordero) y el comienzo de la era de Piscis (nacimiento del pez). «Aunque no hay ninguna relación demostrable —puntualizaba Jung— entre la figura de Cristo y la incipiente era astrológica de Piscis, me parece, sin embargo, que la coincidencia entre el simbolismo del pez vinculado con el Redentor y el símbolo astrológico del nuevo eón fue lo bastante significativa para, por lo menos, destacarla convenientemente. [...] Por la precesión de los equinoccios, el punto vernal se desplazaba a él y se abría así una era, en la cual el “Pez” valía como designación de Dios hecho hombre, quien nacía como pez, era sacrificado como cordero, tenía pescadores como discípulos y quería hacer de ellos pescadores de hombres [...] De esta fuente procedía, por lo menos, determinado simbolismo de ciertos círculos gnósticos cristianos».⁴

Por supuesto, estas nociones, contenidas en la *Pistis Sophia*,⁵ donde Jesús hablaba de «*heimarmenē*» (*fatum* o destino), de la «esfera», de los «influjos», de las «cuadraturas», de los «trígonos» (del zodiaco) y de sus «cuadrantes», no aparecen probadas en los evangelios canónicos; lo que no quiere decir que no permaneciesen latentes en el trasfondo oculto del cristianismo triunfante, como más tarde, en el siglo sexto, puso de relieve la Iglesia al hacer coincidir, con bastante precisión, los calendarios de la nueva era de Piscis con el supuesto nacimiento de Jesús, dando lugar al nuevo eón en el que aún vivimos: «la nueva tierra y el nuevo cielo» facilitados por mediación y patrocinio de la cabeza visible de la institución romana, dado que el fin del mundo y la segunda venida de Cristo se demoraban mucho más de lo inicialmente previsto. Además, existía la tradición y la creencia, según Jung, en ciertos sectores del judaísmo de que la llegada del Mesías - hijo de David se produciría en aquel tiempo en que los planetas de Júpiter y Saturno entrasen en confluencia. El Papa Juan I, Dionisio el Exiguo y el nuevo hito de la temporalidad establecido por su obra (*anno domini*) confirmaron, como más tarde y con más precisión haría Kepler, que el año siete antes del supuesto nacimiento de Cristo se había producido

³ Op. Cit. 136, 137.

⁴ Op. Cit. 170, 171.

⁵ Cita de Jung. p. 171. *Pistis Sophia*. 21 y ss.

una triple conjunción de Saturno con Júpiter en el signo de Piscis, símbolo del cristianismo y punto de arranque de la nueva era.

Hablo de fenómenos constatados que, sin duda, fueron conocidos, en principio, por los integrantes de muchas de las corrientes de la gnosis cristiana del siglo primero, y, más tarde, por los obispos judaizantes del siglo segundo y por sus habilitados reeditores de los evangelios primitivos, a quienes proporcionaron el marco de referencia histórico dentro del cual debía producirse la piadosa y esperanzadora narración mítica del descenso del Hijo de Dios a la tierra: el nacimiento de Jesucristo en Belén, dentro del contexto literario facilitado por Miqueas.⁶ De tal manera que, dentro del proceso de judaización de la gnosis cristiana primitiva llevada a cabo por la Iglesia, el mito griego y helenístico de la encarnación de la divinidad (representado por el Dioniso órfico) fue literal y materialmente carnalizado a través del mito judío que identificaba esta conjunción astral con el nacimiento del mesías davídico. Pues, como ya he dicho, entendían ciertas sectas místicas judías que estos significativos movimientos de los astros anunciaban y avalaban al mismo tiempo la llegada del mesías terrenal anunciado por el antiguo oráculo de Natán en *2 Samuel*.⁷

Se da la curiosa circunstancia, además, de que los cabalistas judíos, para quienes la figura de Jesucristo carecía de todo interés y significado, por ignorado, continuaron anunciando la llegada del Mesías de Israel a lo largo de la Edad Media, justo coincidiendo con una nueva conjunción de los planetas Júpiter y Saturno. El caso más evidente y conocido fue el del judío portugués Isaac Abravanel, quien, desatento al cristianismo de la Iglesia, seguía explicando en el siglo quince que el Mesías vendría cuando los planetas Júpiter y Saturno se presentasen en conjunción en el signo Piscis.⁸ «Abravanel —según Jung— esperaba la venida del mesías bajo el signo de Piscis; es decir, en la conjunción de Júpiter y Saturno en ese signo. Y no fue el único que expresó tal esperanza. Encontramos datos concordantes ya con cuatro siglos de anterioridad a través del rabí Abraham ben Jiyá (muerto en 1136) y de Salomón Ibn Gabirol (1020-1070)».⁹ Para Jung, la conjunción de Júpiter y Saturno significaba la unión de los opuestos extremos: «En el año siete antes de nuestra era sucedió esta célebre conjunción no menos de tres veces en el signo Piscis. La máxima aproximación se produjo el 29 de mayo de ese año, con una distancia de solo 0,21 grados, o sea menos que la mitad del ancho de la luna llena».¹⁰

Por otro lado, y junto a estos acontecimientos astronómicos que, sin duda, marcaron un hito de especial significación entre ciertos obispos judaizantes de la Iglesia, no hemos de olvidar los pronósticos relativos al tiempo de la llegada del Mesías davídico establecidos en el libro de Daniel.¹¹ Todo un conjunto de datos aportados

⁶ Miqueas. 5.2. «Pero tú, oh Belén Efrata, aunque eres pequeña entre las familias de Judá, de ti saldrá el que será el gobernante de Israel, cuyo origen es antiguo, desde los días de la eternidad».

⁷ *2 Samuel*. 7.12-14.

⁸ H. P. Blavatsky. Op. Cit. Vol. III. 265.

⁹ C. Jung. Op. Cit. 139.

¹⁰ Op. Cit. 143.

¹¹ *Daniel*. 9.24-27.

por los astros y por la profecía que fueron determinantes en los tiempos posteriores a la destrucción del Templo y de la ciudad de Jerusalén para establecer unas fechas bastante fidedignas en las que se hizo coincidir el primitivo mito cristiano, de origen griego, de la encarnación de la divinidad en el alma humana (el descenso del Hijo de Dios a la tierra) con el significado cultural judío de unos referentes cósmicos que, junto a la profecía de Daniel, legitimaban y avalaban la presencia liberadora del Mesías de la estirpe de David. Pues, a pesar de que podamos encontrar sin dificultad más de una docena de interpretaciones del anuncio profético de Daniel, dependiendo del tiempo base (el retorno de los exiliados de Babilonia) que usemos como punto de partida del cálculo de las semanas, nada impide hallar un denominador común, muy en sintonía y casi coincidente con el año de la triple conjunción de Júpiter y Saturno y con el tiempo establecido por Dionisio el Exiguo en el establecimiento del *Anno Domini*. En definitiva, un tiempo muy ajustado y bastante coincidente el de la aparatosa conjunción astral de los dos planetas y el designio profético de las setenta semanas de Daniel, con los que los reeditores últimos de los evangelios ofrecieron un marco de referencia temporal al mito griego de la encarnación de la divinidad, disolviendo su significado intemporal y mítico en la historia sagrada del pueblo judío: el descenso y el nacimiento material del Hijo de Dios, un Ungido-*Christós* avalado finalmente por los profetas y revestido de ropajes y escenografía judía, pero completamente ajeno, en esencia, al Ungido-Mesías anunciado por el oráculo de Natán.

Lejos de toda interpretación, la indudable prueba de que esto fue así lo ratificaron los trabajos del computo temporal llevados a cabo por el Papa Juan I en 525 y por su astrónomo, Dionisio el Exiguo, cuyos resultados dieron lugar al establecimiento del *Anno Domini* como punto de partida de la nueva era de la Iglesia. Para lo cual, hemos de tener en cuenta que en el texto de Daniel «un día era un año (y un año era un día)», y que habló de dos periodos sucesivos de siete y sesenta y dos semanas¹² desde la liberación de Babilonia hasta el inicio del ministerio del Mesías de Israel, que se ejercería en la semana número setenta; es decir, sesenta y nueve semanas, que hacían un total 483 días y que equivalían, según el código del texto, a 483 años, donde daría comienzo la actividad mesiánica.

Podríamos citar, como digo, más de una docena de interpretaciones sobre la correspondencia numérica de años y fechas; pero recojo la más elemental y esquemática, que atribuye esos 483 años al tiempo comprendido entre la repatriación de los exiliados de Babilonia, coincidente con el mandato de Artajerjes I (mediados del siglo quinto),¹³ y la supuesta predicación de Juan el Bautista, entre el año 26 y el año 30 de nuestra era, coincidente esta, según los textos, con el inicio del minis-

¹² Op. Cit. 9.25.

¹³ Los libros de *Esdras* y *Nehemías* hablan de la repatriación a Judea. Y *1 Esdras* registra la fecha de la salida de Babilonia coincidiendo con el mandato de Artajerjes: el primer día del primer mes del séptimo año del reinado de Artajerjes. *1 Esdras*. 8.6.

terio público del Hijo del Hombre en el Jordán (Marcos). Lo que encajaría de manera bastante ajustada y sorprendente con el desarrollo evangélico (Mateo y Lucas), que, usando estos datos, situó el mito griego de la encarnación y el nacimiento del Hijo de Dios en fechas muy cercanas a la triple conjunción astral de Júpiter y Saturno, el año siete antes de nuestra era. Todo lo cual, en definitiva, vendría a probar que tanto los redactores del texto de Daniel como los redactores definitivos de los evangelios, a cargo de los sectores judaizantes de la Iglesia, habrían formado parte de un contexto cultural que exhibía profundos conocimientos astronómicos, dentro de una tradición esotérica y astral sobre la venida del Mesías davídico que, siglos más tarde, siguieron poniendo de manifiesto judíos como el andaluz Ibn Gabirol, el catalán Abraham ben Jiyá o el portugués Isaac Abravanel.

Nos encontramos ante un cuadro de relaciones culturales (triple conjunción astral de Júpiter-Saturno, el año siete antes de nuestra era; profecía de las setenta semanas de Daniel, y redacción definitiva y última de los evangelios tras la destrucción del Templo de Jerusalén) que ofrece explicación cabal a muchos de los eternos misterios derivados de la narración del mito helenístico del descenso del Hijo de Dios y la encarnación del Hijo del Hombre como perfecto *Anthropos*. Al tiempo que clarifica la labor desarrollada en el siglo sexto por el Papa Juan I y por su astrónomo de cabecera, Dionisio el Exiguo, quienes, de cara a obtener una ampliación de las tablas usadas hasta entonces para el cálculo de la fecha de la Pascua,¹⁴ basadas en el calendario lunar, establecieron y demarcaron el nacimiento de la nueva era de Piscis-Cristo en consonancia con los significados culturales de la triple conjunción astral y de las setenta semanas de Daniel. Pues no cabe duda de que todo lo referido anteriormente fueron datos tenidos muy en cuenta, además de otros factores, en el desarrollo de los trabajos encargados al astrónomo por el Papa el año 525. Unos trabajos que, de una u otra manera, concluyeron con el establecimiento del año uno (no hubo año cero) como año primero de la era cristiana; resultado de interpretar el ilusorio año del nacimiento de Cristo, reitero, a través de la triple conjunción astral de Júpiter y Saturno, a través del tiempo aproximado establecido por la profecía daniélica y a través del marco referencial de la cronología del poder político (imperial y local) al que aludía la narración literaria de los evangelios.¹⁵ Una síntesis que, en realidad, y a pesar del error de siete años, se aproximaba bastante a la fecha de la triple conjunción planetaria,¹⁶ se ajustaba de alguna forma a la profecía y, aun de-

¹⁴ Hay que reconocer que fue solo en el contexto del uso de las tablas pascuales donde Dionisio utilizó la datación basada en el nacimiento de Cristo y, a pesar de la repercusión posterior, no parece haber tenido en principio la intención de inaugurar una nueva era cronológica.

¹⁵ Poncio Pilato en los cuatro evangelios canónicos. El tetrarca Herodes en Marcos, Mateo y Lucas. Augusto y Tiberio, únicamente en Lucas. Y Herodes el Grande, en Mateo y Lucas. No hemos de descartar el hecho de que los habilidosos redactores de los evangelios estaban inmersos, cuatrocientos años antes de Dionisio el Exiguo, de aquella tradición judía que anunciaba la llegada del mesías en una de las conjunciones de Júpiter y Saturno.

¹⁶ Téngase en cuenta que los evangelios hablan de un nacimiento coincidente con el rey Herodes, quien justamente reinaba el año de la triple conjunción planetaria, siete años antes de la fecha del nacimiento adjudicada por Dionisio el Exiguo. (Mt. 2.1.).

jando muchos cabos sueltos (que han vuelto locos a los teólogos durante siglos), se acomodaba a las figuras realmente históricas que enmarcaban la literatura alegórica del texto evangélico.

Y de esta forma fue como se estableció el año 754 de la era romana como el inicio de la era cristiana (*Anno Domini*), que pervive hasta nuestros días en todo el mundo y, al parecer, va a continuar durante siglos. Obsérvese, para más detalle, que la Navidad, como fiesta cristiana, no fue instituida hasta mediados del siglo cuarto (dentro de la cronología romana); y que, hasta los siglos sexto y séptimo, en que comenzaron a usarse las referencias al *Anno Domini* a través de las tablas pascuales del Papa Juan I, los textos cristianos no utilizaron ningún tipo de cronología. Hasta esa fecha tan tardía, la de Cristo fue una «historia» sin historia cronológica, cuyas únicas oscuras referencias temporales se interpretaban a través de las referencias evangélicas a Herodes, Augusto, Tiberio y Poncio Pilato, y a través de los remotos indicios que proporcionaba una confusa memoria de la destrucción del Templo y de la ciudad de Jerusalén.

Vemos con claridad, en contra de la opinión de muchos sedicentes especialistas, que la astrología y el simbolismo astral y solar no tuvieron que esperar en el cristianismo hasta después de los mandatos imperiales de Constantino y Teodosio, como resultado de una supuesta «contaminación» producida por los fantasmas y los demonios de la cultura grecorromana; algo inevitable, según se nos dice, a pesar de la vigilancia ortodoxa de la «fe verdadera». He aquí lo que nos quieren hacer creer quienes se empeñan en descubrir unos supuestos e irreales «ideales de pureza» en un cristianismo primitivo de «punto cero» que choca frontalmente con la permanente evolución y transformación cultural e ideológica de un cristianismo transitivo, ignorado y silenciado por el cristianismo triunfante de la Iglesia. La astrología y la astronomía se encontraban ya, a modo de símbolos, en los textos de la gnosis cristiana primitiva; y toda esa simbología hebreo-helenística (romana, griega, persa, sirio-caldea y egipcia), que se acentuó tras el concilio de Nicea (325), se encontraba ya en el Nuevo Testamento y mucho tiempo antes en las sectas del misticismo helenístico, incluso en el judaísmo marginal y cabalístico de Judea.

Si bien, hemos de reconocer que la figura del pez, la estrella de Belén de origen persa y la adoración de los magos caldeos, las siete estrellas, los siete sellos, los doce apóstoles como sustitutos de los doce patriarcas elegidos por Josué en el cruce del Jordán y los doce signos del zodiaco, los doce años o las doce canastas se nos ofrecen casi como inocentes, pueriles y ornamentales testimonios, si los comparamos con la desgarradura que, para la «ortodoxia» eclesiástica y luterana, deben suponer las aportaciones astronómicas de Jung, la relación que yo establezco con los contenidos «proféticos» del *Libro de Daniel* y la relación a la que someto ambos fenómenos con los resultados de los trabajos de Juan I y Dionisio el Exiguo en el siglo sexto.

Tan desafiantes o más que los irreverentes contenidos del *Apocalipsis* de Juan: un auténtico tratado de astrología, según algunos autores, cuyo simbolismo y den-

sidad cósmica desbordaba con creces los temas de la literatura apocalíptica del parsismo y de la propia literatura apocalíptica judía de la que había surgido. «La apocalíptica cristiana —señalaba Widengren— heredó tanto el esquema como la mayor parte de los rasgos concretos de la especulación del judaísmo tardío y, por tanto, de concepciones más antiguas, orientales e indoiranias. Su expresión clásica se hallaba en el *Apocalipsis* de Juan, donde encontramos muchos elementos del esquema apocalíptico, pero además una huella de la tardía especulación astral babilónica, más acusada aún que en la apocalíptica judía». ¹⁷ Incluso, según se ha interpretado más recientemente, ¹⁸ el último de los textos del Nuevo Testamento respondería a una concepción propia del gnosticismo de finales del siglo primero, si nos atenemos a los motivos y a la estructura narrativa a través de los cuales se representaba la revelación de la sabiduría de la llegada del Reino y el fin de los tiempos.

En fin... ¡Feliz Navidad y paz en la tierra!, que así era como nos saludábamos antes por estas fechas los hombres de buena voluntad.

¹⁷ Geo Widengren. *Fenomenología de la religión*. Madrid, 1976. p. 438.

¹⁸ Cf. Ignacio Gómez de Liaño. *El círculo de la sabiduría*. Madrid, 1998. pp. 275-296.



Este artículo es una edición actualizada
y corregida de un texto publicado dentro del libro

SACRIFICIO Y DRAMA DEL REY SAGRADO

Capítulo:

ASTROLOGÍA Y COSMOLOGÍA EN EL PRIMER CRISTIANISMO.

**En torno a los astros, el calendario celeste, el tiempo del mesías,
y el mundo patrocinado por los obispos de la Iglesia.**

Páginas 597-626.



**MESSIDOR COMUNICACIÓN
MADRID - MIAMI**

Maquetación, Diseño y Edición
